

Desencuentros (quinta entrega) por Buzo de nostalgias

33.

Eran las doce del día y Joaquín se encontraba aún en la cama. Renata se sorprendió de verlo ahí tirado a esas horas del día.

- ¿Has encontrado algún trabajo?

Joaquín la miró como un perro callejero a punto de morir. No podía levantarse. Había escuchado que la depresión podía causar aquello. La comida le provocaba un asco espantoso y los olores lo atormentaban.

Decidió regresar a México. No tenía ningún sentido seguir en Nueva York sin trabajo ni motivación. Además, ya llevaba casi un año viviendo en casa de su amiga y aunque le ayudaba con el gasto de la comida, se sentía como un parásito. Aquello era insostenible.

El regreso a su departamento en la Roma y las tardes lluviosas y grises de la Ciudad de México lo hicieron volver a la realidad. Después de casi un mes de vagancia, Joaquín tuvo que emprender la búsqueda de un empleo. Se había gastado los pocos ahorros del trabajo en Nueva York y sabía que tendría que regresar al mundo acartonado y frívolo de la publicidad.

No fue difícil conseguir un trabajo en el medio. Tenía un excelente currículum y había trabajado en las mejores agencias publicitarias de México. Poco a poco, se fue incorporando de nuevo a la rutina, despertarse temprano, fotografiar y maquillar alimentos.

Llevaba ya un mes en su nuevo trabajo y todo parecía de vuelta a la normalidad. Sentía que estaba por fin saliendo de la

depresión. Poco a poco empezó a disfrutar lo que hacía, platicaba con gente y hasta llegó a salir con alguna mujer a cenar o al cine.

Todo iba bien hasta aquel día. Estaba trabajando en un comercial de yogurt. Debía maquillar una taza con el producto sabor fresa. Ese yogurt tenía la particularidad de tener, al fondo, una salsa de fresa. Al revolverlo, formaba una espiral roja. Estaba pintando las líneas circulares que se formaban, cuando de pronto lo atacó un fuerte dolor en el estómago. Sintió náuseas y corrió al baño a vomitar. Se lavó la cara con agua fría y se miró al espejo. Estaba pálido como masa de pan sin hornear. Respiró hondo varias veces antes de regresar, su equipo lo estaba esperando. Había trabajado todo el día y eran las últimas tomas, no era el momento para sentirse mal. Cerró los ojos e intentó concentrarse. La imagen apareció como la había visto ese día, tan rápida, tan funesta. Gritó. Sorprendido, su equipo se le quedó mirando. Estaba empapado en sudor. Quiso detenerse en vano con el respaldo de la silla y se desplomó en el suelo.

34.

Después del intermedio, Renata no le quitó los ojos a Jan desde que lo vio reaparecer en el escenario. Cuando Jan ya estaba instalado, poco antes de que entrara el director de orquesta, volteó a verla, esta vez con calma y le ofreció una sonrisa. Como en aguas abiertas, había lanzado el gancho y sólo sería cuestión de tiempo.

La segunda parte del programa fue para Renata más un sufrimiento que un goce. Ya no podía saborear las notas, era como si alguien hubiera interrumpido con violencia una espléndida cena. Empezó a sentirse incómoda en su asiento, a cruzar una y otra vez la pierna, a respirar con dificultad.

"Esto es verdaderamente ridículo", pensó cuando sintió el calor en las mejillas como una adolescente en su primera cita.

Al terminar el concierto, Renata dejó que su amiga se perdiera entre el público que salía y corrió hacia el baño para esconderse algunos minutos. Ya le daría alguna explicación, era lo de menos.

Regresó a la sala y vio que algunas personas acomodaban sillas y guardaban atriles. Se precipitó hacia uno de ellos y le dijo que tenía un mensaje urgente para el chelista, mientras tomaba el programa para ver el nombre.

- Sí, el señor Jan Urban, murmuró inquieta.

En esos minutos que le parecieron interminables, miles de ideas pasaron por su mente como estrellas fugaces. ¿Qué le diría? ¿En qué idioma? ¿Le pediría un autógrafo o simplemente lo felicitaría? ¿Se atrevería a invitarlo a tomar una copa? Nada de eso fue necesario. La sonrisa de Jan cuando la vio al borde del estrado la calmó. Se miraron por algunos instantes sin decir palabras y luego él murmuró algo que Renata interpretó como un "*follow me*" y los dos se dirigieron a la parte trasera del escenario. Jan le hizo una señal de que lo esperara.

Ya en la calle, Jan le explicó en su inglés entrecortado que era difícil conseguir un taxi grande en dónde cupiera su instrumento. Renata que dominaba la ciudad y sobre todo el Upper West en dónde se encontraban, sugirió ir a tomar una copa en un agradable bar en dónde también servían unos deliciosos entremeses. La plática de la cena fue parca. Después de las felicitaciones de Renata y de algunas breves intervenciones de Jan sobre Praga, sus viajes y conciertos, la conversación ya se había agotado. Jan estaba feliz de haber encontrado a una artista que no fuera músico. Estaba cansado de salir con muchachas de la

orquesta que tarde o temprano competían con él o que sólo hablaban de música.

Jan se desilusionó cuando a la salida del restaurante, Renata le comentó que le dolía la cabeza de tanto alcohol y que al día siguiente tenía una cita en una galería en Soho para coordinar su próxima exposición. Jan se imaginaba en la cama con la pintora y tuvo que conformarse con un beso en la mejilla. Jan se quedaría una semana más en Nueva York para después volver a Praga. Habían quedado de verse al día siguiente para comer. Renata pasaría por él a su hotel y atravesarían el parque para almorzar en el Boat House. Era un lugar tranquilo, en medio del parque, con vista al lago, lejos de todo el barullo de la gran ciudad.

35.

Se despertó en la cama de un hospital. Vio que Erika, una de las diseñadoras de su equipo lo tomaba de la mano para tranquilizarlo.

- Perdiste el conocimiento, le dijo.

Al día siguiente Joaquín regresó a su casa. Su jefe le prohibió ir a trabajar esa semana y le pidió que se tomara las cosas con calma, que había estado bajo muchas horas de presión.

"Si supiera a la presión a la que he estado sometido en otras ocasiones", pensó Joaquín con cierto desprecio. No sabía que era lo que había vuelto a desatar esa imagen, el terror de la psicosis que creía haber abandonado lo perseguía. Pensó que quizás el color rojo y la viscosidad de la gelatina que usó para maquillar el yogurt y darle la consistencia y textura necesarias, habían disparado aquella imagen aterradora.

Las alucinaciones diurnas y sobre todo nocturnas volvieron a aparecer. Las noches de insomnio se hicieron cada vez más largas.

La semana que tuvo que regresar al trabajo fue un verdadero suplicio. Llevaba consigo una pequeña botella con alcohol puro y cuando estaba fotografiando algo que le provocaba náuseas, empapaba un pedazo de algodón para oler el intenso y penetrante aroma del alcohol y no vomitar. Para colmo de males, su profesión tenía que ver necesariamente con comida. A veces se sorprendía que la comida hubiera podido jugar con él de esa forma, primero atrayéndolo, seduciéndolo a través de las fotografías, después su obsesión por la cocina y la estética de la misma, y finalmente el asco más grotesco. Alguna interpretación le hubieran podido dar los psicólogos y terapeutas de los que tanto hablaba su amiga Renata. Los extrañaba, a ella y a sus cuadros regados en su pequeño estudio en Soho.

36.

Caminando hacia su hotel, Renata sentía una emoción de adolescente, un burbujeo en todo el cuerpo.

De frente al hotel, se detuvo. Estuvo a punto de retroceder, de salir corriendo. Pasaron por su mente algunas escenas fragmentadas, cuidadosamente editadas. Eran las peores, las más dolorosas. El abandono de su padre cuando era joven, su madre llorando tendida en una cama sin hablar durante días, el ruido de la aspiradora. Y después, la cara de Santiago, los mejores momentos que pasaron en París, los dos tendidos en la cama alrededor de las pinturas de Renata, el descubrimiento de su sexto dedo del pie izquierdo. Y después el final, el punzante y doloroso final de aquella relación. Tuvo que sentarse en uno de los grandes sillones del lobby para no desvanecer. No era posible, había luchado durante años por olvidarlo todo, vivir en un país distinto, lejos de los recuerdos de Europa y de México, de su familia, de sus supuestos amigos que nunca lo fueron. Había

pagado muchas cuentas de psicólogos, con la venta de sus cuadros y de las clases de pintura que impartía en la universidad, para intentar olvidar su pasado y liberarse de sus demonios internos. Pero aquí estaban todos esos recuerdos, empaquetados con la dulce envoltura de la memoria.

Respiró hondo. No podía dejar que esos fantasmas la persiguieran sin tregua y reaparecieran en momentos como aquel. No dejaré que me saboteen, pensó y se dirigió a la recepción para pedir que le avisaran al señor Urban que su amiga lo esperaba en el lobby.

Vio como un hombre de estatura mediana y la barba partida se acercó. Vestía unos jeans deslavados, una camisa blanca y un saco a cuadros pasado de moda. Renata sintió que Jan la saludaba como si fuera su guía turística, pero no le dio mayor importancia. Atravesaron el parque. Era el otoño, la época preferida de Renata.

Las hojas caían poco a poco. Algunas se habían aferrado a las ramas de los árboles y se negaban a soltarlos. El viento formaba torbellinos que jugaban entre sí. Las hojas mutantes, de verde a amarillo, de amarillo a naranja, de naranja a rojo y ocre, pintaban el paisaje puntillista del bosque. Los patos del lago disfrutaban los últimos rayos de sol del día, intuyendo que pronto el viento helado llegaría. Los rayos del sol entrecortados, a contraluz sobre las retinas frágiles. Parpadeos rápidos, sombras de ramas sobre el piso. Algunos papeles en fuga, entregados a la danza del viento. Objetos que revolotean, globos de niños, partículas de tierra suspendidas. El ritmo de los periódicos crujientes, sombreros volando. Olor a hojas secas y troncos desnudos. Espirales de polvo. Fragilidad de hojas que se deshacen al tacto. El olor a café recién molido, los transeúntes enfundados en sus gabardinas caminando con un paso rápido y mecánico. Niños que saltan sobre las pilas de hojas muertas. Viejos que disfrutaban de sus últimos paseos por el parque, huesos

cansados que pedirán clemencia cuando llegue el invierno. Bebés envueltos como paquetes con gorros multicolores que asoman su carita sonrojada por el viento.

Ambos se volteaban a ver, curiosos como dos niños, contentos y sin necesidad de hablar, como si sus pasos y sus miradas fueran suficiente compañía.

Llegaron al restaurante frente al lago que Renata había elegido. Jan volteaba a ver todo, como si esa hubiese sido su única salida en años, como si quisiera grabar cada imagen, las lanchas de madera con sus remos, los árboles incendiados, los niños jugando. Renata observaba a Jan como si quisiera pintarlo.

En la comida hablaron poco, como había sucedido la noche anterior en el bar. El inglés de Jan era bastante malo y Renata veía como su ceño se fruncía cuando no podía encontrar las palabras adecuadas para expresarse, sobre todo cuando ella le preguntaba algo sobre su música.

- Me gustaría que me tocaras algo, dijo Renata, algo sólo para mí.

Jan sonrió, quería que esa comida terminara de inmediato. No podía dejar de pensar en la escena que seguiría, los dos solos en su cuarto de hotel, su chelo y esa mujer a su lado.

37.

Lucía citó a Santiago en un restaurante chino para comer. Lo había pensado bien, ya no aguantaba la presión que se había autoimpuesto, tenía que terminar de tajo esa relación infantil. Ni ella misma podía creerlo, pero esa voz interna que se tornaba cada día más ponzoñosa, le decía que tenía que volver a ser la madre de antes, la prostituta de su esposo, la mujer infeliz.

Desde que la vio entrar en el restaurante, Santiago supo que era la última vez que vería a Lucía. Se saludaron con el frío glacial de un beso en la mejilla. Sin dirigirse la palabra, se apresuraron por pedir cualquier cosa del menú. La espera fue interminable. Ambos sentían que su alma se iba hundiendo poco a poco, hasta diluirse por completo en un mar ensangrentado.

- Santiago, se atrevió, yo sólo...

Santiago le tomó la mano. Estaba helada y temblaba. Ella la retiró rápidamente.

- No puedo, te juro, me estoy muriendo. Ya no puedo más, no puedo seguir fingiendo, no puedo llevar esta relación.

Santiago la miró con ternura y con odio. Le daba lástima ver como una mujer pudiera negarse a sí misma la posibilidad de ser feliz. Por el otro lado la odiaba por ser tan cobarde.

Pidieron un café para calentarse el alma, pero aún este líquido hirviendo les congeló los cuerpos. Santiago se despidió de ella con un beso en la frente y Lucía no lo pudo soportar. Pero sabía que no podía pedir otra cosa. Se había ganado a pulso la lástima que le inspiraba a Santiago en ese momento. Vio a Santiago alejarse hacia el parque, esperando que volteara, con ganas de gritarle algo, lo que fuera para retenerlo, salir corriendo y abrazarlo por detrás, huir con él en un viaje lejano y eterno, morirse ahí mismo. Pero sólo se limitó a verlo avanzar, con sus pantalones kakis un poco largos y sus zapatos que nunca habían sido lustrados.

Lucía subió al coche y empezó a llorar. No podía ni siquiera dar la vuelta a las llaves, se sentía floja como un ostión, las piernas no le reaccionaban, el cuerpo totalmente entumido. Cerró los ojos, los sollozos eran cada vez más fuertes. Lloró a sus anchas, era el momento para salar con sus lágrimas todos sus pesares, convertirse en una Magdalena, dar lástima, ser una

víctima del mundo. De pronto oyó que alguien tocaba el vidrio con fuerza. Se había quedado dormida, no sabe cuanto tiempo. Abrió la ventana desconcertada.

- ¿Se encuentra bien señora? ¿La puedo ayudar en algo?, dijo el extraño.

En ese momento volvió a llorar, sin poder hablar. La cercanía de ese hombre la repugnaba y atraía a la vez. No osaba mirarlo a los ojos y a la vez clamaba por un abrazo, urgente, algún contacto físico. El hombre la esperó y después de que Lucía se secara las lágrimas, le dijo:

- Gracias, muy amable. No se preocupe, estaba un poco..

No pudo terminar la frase, cuando el hombre había en un instante alargado el brazo a través de la ventana y le había puesto su mano sobre el hombro. Eso era justo lo que necesitaba en ese momento. No supo que hacer, si moverse, si sentirse ofendida e invadida, gritar, pedir auxilio o bien quedarse quieta y esperar a que esa mano cálida se retrajera, suave, como lo hizo después de unos instantes.

Algo la hizo invitar al hombre a subirse al asiento del copiloto. Era un hombre mayor que ella, de unos cincuenta años, con unos ojos que irradiaban luz y confianza. Terminaron en un café. Lucía se vio a sí misma como en una película de Woody Allen, era ridículo y cómico a la vez, ahí estaba ella, deshecha después de un rompimiento tan fuerte, platicando con un extraño, contándole su vida y sus secretos. El hombre la escuchaba con atención, casi sin parpadear, no osaba hablar e interrumpir aquel torrencial que le vertía la mujer. Se sentía útil como un gran recipiente, un barril que se requiere para contener todas las angustias y dolores del ser humano. Mientras Lucía hablaba, el hombre le ofrecía tragos de agua y pañuelos desechables. Después de haber terminado, pudieron haber sido minutos, horas o siglos, el hombre dijo:

- Me llamo Mauricio.

La siguió hasta su casa.

- Gracias. Muchas gracias por haberme escuchado.

Esta vez no hubo intercambio de teléfonos, ni citas posteriores.

38.

Un domingo en la mañana, Joaquín se encontraba en un mercado cerca de su casa. Había adelgazado mucho desde aquel acontecimiento en el restaurante de Nueva York. Prácticamente comía por necesidad. El gusto por la cocina había desaparecido por completo. Comía comida preparada o bien alguna ensalada. Pero ese día, sintió la necesidad de ir a comprar verduras frescas.

Después de comprar algunas naranjas, jitomates y otras verduras para su ensalada, Joaquín se dejó llevar por el olor de la carne. Unos hombres sudados descuartizaban cerdos y freían carnitas en inmensos cazos de cobre. Sacó de su mochila su cámara y empezó a tomar fotografías. Los carniceros lo miraban sorprendidos. Joaquín no se inmutó y hasta le dio un billete de cien pesos a uno de los carniceros para que le permitiera ingresar al interior de la carnicería y seguir fotografiando carnes descuartizadas y destazadas, fragmentos bestiales que colgaban en enormes ganchos. No supo cuántas horas estuvo en esos locales malolientes, ni cuántos billetes tuvo que repartir ante los ojos atónitos de los carniceros que le permitieron la entrada a sus destazaderos.

Regresó agotado a su departamento y se tiró en la cama a dormir. Esta vez vivió un sueño agradable, el primero en meses de acongojo. Era niño, de unos diez años de edad y su padre lo llevaba a acampar en el bosque, un bosque húmedo lleno de vida.

Las fotografías de las carnicerías, fueron para Joaquín una expurgación, un exorcismo de las crueles fantasías que lo atormentaban. Sus recorridos por las carnicerías y rastros se volvieron cada vez más frecuentes. Era como una terapia, algo que necesitaba con vehemencia, una catarsis. En el momento de tomar esas fotografías de cuerpos de animales mutilados, pieles, pezuñas, estómagos y demás, se sentía ansioso como un drogadicto buscando su escape. Era adrenalina pura que le recorría el cuerpo y que no lo abandonaba hasta que hubiera tomado varios rollos. Se sentía como el amante insatisfecho que busca a toda costa el placer desmedido, como el alcohólico que anhela el contacto sensual con su copa, el bebé que pide a llantos ser consolado y pegarse al pecho de su madre.

39.

Jan insistió en que tomaran un taxi pese a que a Renata le encantaba caminar, sobre todo después de una buena comida. Pero accedió. No era el momento de oponerse, sobre todo cuando percibía el ansia de Jan, su respiración cada vez más agitada, sus ojos que centellaban fuego.

La invitó a pasar a su cuarto y le indicó que se sentara en un sillón en la esquina. Era una pequeña suite bien amueblada y acogedora. Renata obedeció y se sentó en el cómodo sillón de piel. Jan se acomodó con su celo en el otro sillón, justo frente a ella. Antes de empezar, cerró los ojos, tenía que concentrarse, era su oportunidad.

Jan no sabía en ese momento que pieza iba a tocar. No lo pensó demasiado y dejó que su corazón lo guiara. Después de algunos minutos de atenta escucha y de intercambio de miradas, Renata se empezó a desvestir. Primero la blusa, despacio, intentando ir al *tempo* de la música. Jan sintió un escalofrío por todo el cuerpo. De alguna manera no se sorprendió de la actuación

de Renata, como si fuera parte de su plan. Pero no dejaba de mirarla y cada nota, cada movimiento de su chelo se iba tornando más intenso, como si fueran respuestas a las inclinaciones de cabeza o al desprendimiento lento de las prendas de Renata que iban cayendo por el suelo como las capas de una oruga que está a punto de transformarse en mariposa.

Al final de la ejecución, Renata estaba completamente desnuda, tendida en el sofá transversalmente, en éxtasis total. Esperaba con ansias locas que Jan terminara de tocar, se lanzara sobre ella y le hiciera el amor. Cuando Jan terminó, dejó su chelo recargado sobre la pared, y la observó como quien estudia un modelo para no olvidar las facciones, los recovecos del cuerpo, las tonalidades. Renata no se atrevía a interrumpir aquella mirada que la exploraba con intensidad y violencia, sentía como esos ojos la penetraban y palpaban su piel húmeda.

- Vístete, le ordenó. Necesito estar solo.

Pasmada, Renata obedeció la orden del checo. Su tono no era fuerte, pero tampoco amable. Era una instrucción precisa y meditada.

Renata recordó en ese instante a su padre despidiéndose de ella con las lágrimas en los ojos diciendo que no se preocupara, que todo iba a salir bien, que dejara de llorar. Se vistió rápidamente, tomó su bolsa y salió de la habitación sin decir palabra alguna.

Jan sonrió. Lo había logrado. Por fin había ejercido el poder de su música. Se sentía orgulloso, regodeándose de su infinita soberbia. Se tiró en la cama boca arriba y miró al techo. Por primera vez en su vida se sentía dueño de sí mismo, en control absoluto.

40.

Joaquín se dedicó a coleccionarlas. Un amigo de su anterior trabajo, un fotógrafo profesional que se dedicaba a tomar fotografías de arte, le prestaba los fines de semana su cuarto oscuro. Joaquín se pasaba horas enteras revelando y ampliando las fotografías de esas mutilaciones de carne. Paradojicamente, estas fotos tenían una estética muy particular. Francisco, un amigo crítico de arte, vio sus portafolios. Habían comido en un pequeño restaurante cerca del departamento de Joaquín y éste lo había invitado a que viera sus fotografías.

- Sólo con una condición, le había dicho Joaquín. Nada de halagos ni de hipocresías, me interesa mucho que me des una opinión sincera sobre mis fotografías.

Se sentaron en la sala y Joaquín le acercó unas carpetas negras con hojas transparentes. Francisco estuvo largo tiempo observando con escrúpulo cada fotografía. Joaquín tenía ganas de explicarle, de contarle la historia detrás de cada una de ellas, pero no osó interrumpir la concentración de su amigo. Finalmente llegó el veredicto.

- Mira, le dijo Francisco, tienes un buen ojo. No cabe duda que tus fotografías son técnicamente perfectas. Sin embargo te podría decir que en las series de las carnicerías hay algo muy particular. No logro descifrar que es, pero esas fotos tienen una fuerte carga emocional. Una visión estética de lo antiestético por naturaleza.

Joaquín se quedó frío ante el comentario de su amigo. De todas sus fotografías de años de trabajo, jamás se hubiera imaginado que las de las carnicerías fueran las mejores.

- Además, es un tema poco explorado, le dijo Francisco, por lo menos aquí en México. Si quieres, te puedo presentar con

Camilo, uno de los mejores curadores de fotografía que te puede contactar con algún museo o galería para hacer una exposición.

La idea de que sus fotografías expresaran algo más que perfección técnica le emocionó.

- Es realmente increíble que el arte haya caído tan bajo. Mira que tener el atrevimiento de exponer estas atrocidades, es de muy mal gusto, dijo una señora cincuentona a su marido.

La exposición de Joaquín dejó de qué hablar. Había creado una gran polémica entre el público. Gente que la odiaba y hasta se sentía ofendida, personas que veían un arte macabro pero estético al fin y al cabo.

41.

Renata pensó en regresar al día siguiente al penúltimo concierto que ofrecería la orquesta nacional de Praga como parte del festival de verano del Lincoln Center. Por su mente habían pasado mil ideas: prender un celular a la mitad del solo de Jan, gritarle algo, esperarse al final de la función para confrontarlo, llegar a su habitación de hotel y apuñalarlo. El coraje punzaba en su pecho, se había sentido usada y humillada. Ella que había luchado tanto como artista y como mujer para no depender de nadie, de romper cualquier atadura que se le pusiera enfrente. Es más, ahora que lo pensaba, esa había sido la verdadera razón por la cual había terminado con Santiago. El miedo a enamorarse perdidamente, a enloquecer, el terror de sufrir. Ahora que pensaba que había encontrado a un verdadero artista, capaz de sentir lo que ella sentía por el arte, que se apasionaba y entregaba totalmente a su música como ella a su pintura; que esa persona tan sensible le hubiera hecho eso a ella, era insoportable. Se limitó a dejar que el dolor fluyera por sus venas como savia envenenada.

Jan por su parte no tuvo remordimiento alguno. Al contrario, se sentía orgulloso de su proeza. Había descubierto al fin la forma de atrapar a sus presas, de tenerlas a su merced, de moldearlas como un escultor para luego desecharlas. Estaba consciente de que su estrategia era cruel y macabra, pero eso era lo que lo excitaba. Ese día había casi logrado el orgasmo al ver como su rapiña se enroscaba sobre sí misma, como su piel pedía a gritos ser tocada, la respiración agitada al ritmo de los arpegios de su chelo.

Pero hubo algo que extrañó a Jan y lo dejó desconcertado los siguientes días que permaneció en la ciudad. Pensó que este rechazo brutal, esa violencia tan cruel, iban a domesticar a su presa y acercarla a él, de una forma dócil y pura.

Nunca imaginó que Renata no lamería su mano como un gato hambriento. Esto lo enojó de sobremanera. Al día siguiente de su experimento, la buscó como loco durante el concierto. Nada. Durante el intermedio se quedó todo el tiempo sentado en el estrado, pretendiendo afinar su instrumento mientras repasaba cada fila de la sala, cada cara. Nada. Al llegar a su hotel preguntó si había tenido algún recado. Nada. No tenía forma de contactarla ya que ella lo había recogido en su hotel y no le había proporcionado ningún número de teléfono. Tampoco le había mencionado el nombre de algún museo o galería en dónde hubiera expuesto sus obras.

En el vuelo de regreso a Praga empezó a sentir el amargo peso de la culpa y del desencanto. Había sido un imbécil, había jugado con lo más preciado del mundo, con el alma humana. Se había arrojado en la soberbia más soez y ésta ahora lo traicionaba, le quemaba los órganos con el ácido más puro. Ese travieso cosquilleo del deseo y de la crueldad se había disipado por completo. Ahora lo perseguiría esa angustia infinita.

Después del encuentro con Lucía, Santiago regresó a su departamento. Se quedó mirando algunas fotografías blanco y negro que tenía en la sala y luego se desplomó en un sillón y se quedó dormido.

Al despertar, sentía que todo le daba vueltas. La cabeza le dolía como quien despierta de una larga pesadilla. Tomó su *Leica* y salió del departamento. Necesitaba aire, sentía que se sofocaba. Subió al coche. No sabía a dónde ir. Terminó en el cementerio de Dolores. No sabe cómo ni porqué, pero se encontraba caminando por los largos pasillos del cementerio. Empezó a tomar fotos como un autómatas, sin pensar, sólo escuchando el clic de su cámara y encuadrando las múltiples tumbas y rostros de piedra. Las flores marchitas sobre las lápidas le recordaron el estado de su alma en ese momento. Así se sentía. Abandonado como aquel ramo que se deshacía con el viento.

¿Por qué soy tan infeliz? Pensó. Recordó a la señora que le había servido el ceviche de pulpo y la cerveza en un pueblo de la costa campechana. Su sonrisa tan plena, esos ojos tan alegres, el cielo despejado, el olor del mar.

Se sentó sobre una banca de fierro roído por el tiempo. Su vida era un verdadero desastre. Odiaba su trabajo como abogado, no tenía motivación alguna de estar ahí y sabía que era una inercia difícil de romper. Finalmente le permitía llevar una vida airada, con un buen número de comodidades a las que tendría que renunciar si decidiera dejar ese trabajo. Sabía que no podría vivir como fotógrafo artístico y no le apetecía dedicarse a la fotografía comercial o publicitaria. Por otra parte, el largo viaje en el cual pensó tener un verdadero reencuentro consigo mismo, había sido un verdadero fracaso. No sólo no había logrado olvidar su relación con Renata, sino que había conocido a una mujer fascinante que no se había dado la oportunidad de ser feliz.

- Que desperdicio, pensó Santiago.

Sabía que esta vez, no había tenido nada que ver en el fiasco de su relación con Lucía. Lo había dado todo y al final del día, se había quedado más solo que nunca. Le hubiera gustado poder hacer algo para salvar esa relación.

Santiago fue a ver la exposición de Joaquín Rivero después de la inauguración. Estaba en una crisis existencial y las inauguraciones le desesperaban.

Había leído una crítica de la exposición en una revista y le había parecido interesante. Se parecía a los temas de su obra, la decadencia, la muerte. Acudió un domingo por la tarde. Se detuvo a mirar con detenimiento. Las fotografías de cabezas de cerdos colgadas en ganchos le recordaron algunas de sus series de finales de ceremonias: las piñatas destazadas, las mesas y sillas vacías después de una boda, las copas aún bañadas de vino.

Le parecía increíble que hubiera otra persona capaz de sentir algo tan parecido a lo que él sentía. Era reconfortante saber que había alguien que compartía la tristeza que le aquejaba el alma desde hace tiempo. Estas coincidencias le llamaban la atención. Tenía mucha curiosidad de conocer al fotógrafo. Al finalizar la exposición encontró un libro de comentarios. Escribió: "También soy fotógrafo y me interesa mucho conocerte. Por favor llámame al 55 67 83 11." Preguntó también en la administración de la galería si tenían información del artista y le dieron una tarjeta de presentación. Santiago nunca recibió ninguna llamada y perdió la tarjeta que le habían entregado. En poco tiempo se había olvidado del asunto por completo.

Había pasado casi un año. Un sábado, Santiago decidió ir a pasear por el espacio escultórico de ciudad universitaria. Aunque siempre había gente, sobre todo los fines de semana, un ambiente nostálgico impregnaba esos inmuebles. El pasto sin cortar, las bancas abandonadas, las rocas volcánicas esparcidas por todas

partes, recordando tiempos prehistóricos. Estudiantes, libros de segunda mano, cafeterías en dónde servían un café aguado en vasos de unicef. Era una mañana calurosa de verano. Después de caminar y tomar fotografías, Santiago decidió comer unos molletes en una de las cafeterías universitarias del espacio cultural. Ahí tomó un programa de actividades. Ese día en la noche habría un concierto especial de la orquesta checa. Hacía años que no acudía a un concierto. No tenía ningún compromiso y por lo tanto decidió comprar un boleto para la función de esa noche. Muchas veces, cuando revelaba sus fotografías, ponía conciertos para chelo. Era un instrumento que evocaba la nostalgia y esto lo inspiraba cuando trabajaba.

El concierto empezaba a las ocho de la noche. Santiago recorrió la librería del centro cultural universitario. Aunque descuidada y con el material desorganizado, le gustaba la selección de libros. Siempre encontraba algún libro de teoría de la fotografía o de cine, en ediciones imposibles de encontrar. Se sentó en una de las terrazas frente a la sala de conciertos. Era una tarde agradable y aprovechó para tomarse un café e ir viendo a la gente que llegaba al concierto.

Media hora antes, ya estaba cómodamente instalado en su butaca, listo para disfrutar de dos horas de buena música. El público empezó a llenar la sala. Casi todos llegaban en pareja, jóvenes, viejos, de todas las edades. Le sorprendió ver a muy poca gente sola. En esos momentos, anhelaba tener una compañera, aunque fuera para comentar algo después de un concierto o de una película. Pero así era la soledad. Dura y áspera como las rocas volcánicas.

43.

Fue inevitable pensar en aquella chica mexicana que había conocido en Nueva York. Había pasado casi un año. Ésta era su primera visita a México, país lejano que le resultaba tan exótico

como un mango en Praga. La orquesta estaba de gira por varios países latinoamericanos, empezando por México. Después de su experimento con Renata, Jan abandonó por completo su juego perverso con las mujeres. Dejó de acecharlas en los conciertos y volvió a su rutina de siempre: ensayos, conciertos, giras y más giras por Europa y el mundo. Cada vez que pensaba en alguna mujer, recordaba la escena del hotel en Nueva York y se le revolvía el estómago. Estaba consciente de que su perversión había desatado un malestar que lo perseguiría sin tregua. Como un drogadicto en proceso de recuperación, prefirió olvidarse por completo de sus juegos seductores y de las mujeres en general. Había cierta maldad en ellas, sabía que tarde o temprano le sucedería algo si no cortaba de tajo los pensamientos perversos que resurgían en sus más íntimas fantasías como gusanos envenenados.

Su viaje rumbo a México fue largo y tedioso. Contrario a su costumbre de conocer un poco la ciudad y recorrer los parques, estuvo casi todo el tiempo encerrado en su hotel. Sólo un día había visitado el zócalo y el museo de antropología. Las piezas arqueológicas le parecieron interesantes aunque sentía que algo extraño le esperaba, como si los jaguares, serpientes emplumadas y demás deidades prehispánicas fueran el presagio de que algo funesto estaba por suceder.

La noche del concierto en la sala Nezahualcóyotl estaba un poco más tenso que de costumbre. Esta vez no pudo evitar voltear a ver de vez en cuando, de la forma más discreta posible al público.

Renata por su parte estaba en México por unos meses ese verano. Evitaba a toda costa regresar a su país pese a los ruegos de sus padres y de los pocos amigos con los que aún conservaba contacto. Esta vez fue a México a montar una exposición en una prestigiosa galería. Joaquín la había contactado con Francisco, su amigo curador y éste había quedado impresionado por los óleos

de Renata y le había conseguido un espacio durante dos meses en la galería T de arte contemporáneo.

- No me lo vas a creer, le dijo Renata a Joaquín por teléfono, ¿adivina quien viene a México?

- ¿Quién?

- ¿Te acuerdas del chelista checo, ese loco perverso que me jugó esa mala broma el otoño pasado?

- Claro que me acuerdo. Sólo a ti te suceden cosas tan raras.

- Bueno pues va a tocar la semana que entra en Ciudad Universitaria. ¿Me acompañarías? Creo que es mi turno de reír un poco.

44.

Empezó el concierto. Santiago alargó las piernas y cerró los ojos para disfrutar la melodía del chelo. El instrumento iba transcribiendo todo lo que su alma sobrellevaba en ese momento. Mientras avanzaba el concierto, se sentía cada vez más ligero, como si le fueran quitando poco a poco las piedras que llevaba en todo el cuerpo. Estaba en esa apacibilidad cuando de pronto tuvo un gran sobresalto. No, no podía ser. Era ella. ¿Pero cómo? ¿En México, en un concierto en la sala Nezahualcóyotl? Sabía que llevaba tiempo viviendo en Nueva York y que casi no venía a México. Se asomó varias veces entre las filas del auditorio para confirmar su temor. Sí, era ella, no había duda. Estaba en la tercera fila, dos delante de la suya y al parecer venía acompañada de un muchacho joven, de unos treinta y pico de años. A partir de ese momento, Santiago dejó de disfrutar el concierto. Le empezó a faltar el aire, como si de pronto le hubieran puesto una bolsa de plástico en la cabeza. Intentaba disimular su nerviosismo, sobre todo porque empezó a mover la pierna de un lado al otro y su vecino le lanzó una mirada de descontento.

¿Pero porqué? ¿Justo en este momento de gran tranquilidad? Sabía que el fantasma de Renata lo perseguiría toda su vida. Sin embargo nunca imaginó volverla a ver después de casi dos años y sobre todo en ese lugar. En alguna breve pausa entre las piezas, tuvo que salir a tomar aire. Sentía que sofocaba. Sudaba frío, su cuerpo se había entumido como el de una tortuga que lleva tiempo sin salir de su caparazón. En ese momento pensó en huir, en salir corriendo hacia el estacionamiento. Le pareció infantil y decidió abortar esta posibilidad. Además, no quería perderse del concierto, podría sentarse en una de las filas del fondo de la sala y evitarla a toda costa. Sin embargo había algo que lo atraía, la curiosidad de saber quién la acompañaba, una especie de morbo agridulce. Quería ver aunque fuera una vez más esa sonrisa, esos ojos tan llenos de vida, esa mirada penetrante.

45.

De pronto las miradas se cruzaron furtivamente por un instante. Jan fingió no haber visto a Renata y siguió ejecutando la pieza, menos mal, pensó, que todavía no le tocaba la parte como solista. Intentó clavar la vista en las cuerdas de su chelo. No lo logró más que unos segundos. Sentía la necesidad imperiosa de voltearla a ver, como si alguien le levantara con fuerza la cara.

Renata por su parte estaba feliz. Había ejecutado el primer paso, el más difícil. Ahora que tenía su atención todo era cuestión de tiempo, de jalar cada vez más fuerte al pez que se debatiría sin descanso. Jan miró de nuevo. Esta vez pudo vislumbrar a un hombre a su lado. Esto le generó una tensión adicional. Renata sonreía y no dejaba de ver a Jan.

Durante el intermedio Santiago optó por salir a tomar un refresco a la cafetería de enfrente para no encontrarse a Renata. Sabía que era lo mejor. No sabía que decirle y en el fondo le molestaría que le presentara a ese hombre como su novio. ¿Para

qué hacerme harakiri pensó? Sería un acto masoquista de mi parte, reflexionó.

- ¿Qué es lo que piensas hacer? interrogó Joaquín.
- Ya verás. Tú solamente coopera.

Renata miraba con vehemencia su reloj. Quería que el intermedio terminara para que pudiera empezar su función.

Santiago regresó a su asiento cuando las luces indicaban que la segunda parte estaba por empezar. Estaba más tranquilo. El refresco le había aplacado un poco el vacío que sentía en el estómago.

En la segunda parte del programa Jan tocaría dos piezas como solista y al final cerraría toda la orquesta en su conjunto.

Renata enrolló el programa con firmeza y lo apretó entre sus manos como quien se prepara para aleccionar a un perro. Esperó el momento preciso cuando Jan estuviera tocando su solo. Era una pieza de Sostakovich, una de las más difíciles de ejecutar.

En uno de los breves descansos de la pieza, Jan volteó a verla. Renata giró la cabeza y besó a Joaquín con una pasión desmedida. Joaquín desconcertado se dejó utilizar por su amiga. Era un beso extraño, medido y pasional a la vez. Joaquín se sentía un poco incómodo. Sabía que no era el lugar apropiado y que seguramente las personas de su alrededor se molestarían al ver semejante desplante de su amiga. La confusión fue tal para Jan que soltó su arco en plena ejecución de la pieza. Lo vio caer en cámara lenta como un niño que observa como su más precioso tesoro se le va de las manos. El director detuvo su batuta por unos segundos para permitir que Jan recogiera su arco. Los miembros de la orquesta miraban atónitos al músico, era algo en verdad inaudito, ver a uno de los mejores chelistas del mundo en un fatídico tropiezo. En vez de recoger su arco con rapidez y de

incorporarse nuevamente, Jan se quedó viendo a la pareja que seguía besándose con una furia enardecida. El director taladró a Jan con una mirada colérica y se volteó hacía el público con una leve inclinación de cabeza para ofrecer una disculpa. Mientras tanto Renata no se había perdido ni un minuto de aquel increíble acontecimiento. Nunca imaginó que su estrategia fuera a funcionar tan bien.

Santiago estaba boquiabierto. No entendía qué pasaba, los dos eventos le parecían totalmente inverosímiles. No acudía a demasiados conciertos, ni era un melómano pero nunca había visto un error tan flagrante por parte de concertistas de ese nivel. Por otra parte, nunca imaginó ver a Renata y menos besando de esa forma a su amante. El cuadro era en verdad caricaturesco y vulgar.

Jan tuvo dificultad en terminar la pieza. El director de orquesta no entendía que había sucedido y miraba cómo Jan, empapado en sudor, cometía varios errores. Los espectadores también estaban sorprendidos y se miraban unos a otros para saber si era prudente aplaudir o mantener silencio mientras el solista se retiraba veloz del escenario. Optaron por aplaudir poco y sin ganas. Esto fue aún peor. Jan nunca había sentido humillación igual. El director se retiró unos minutos del escenario y regresó para anunciar el nombre de la siguiente pieza, obviamente fuera del programa e improvisada de momento. Jan no tocaría su segundo solo.

Joaquín no podía creer lo que acababa de suceder. Se sentía incomodo ante tal situación. No había forma de que el público entendiera la conexión de estos dos eventos, el beso y el fracaso de Jan.

Al finalizar el concierto, Santiago se esfumó entre la multitud que salía. Como un niño, se escondió detrás de una columna para verla. Era una necesidad morbosa que no podía

evitar. Vio como Renata se reía a carcajadas con aquel hombre. Nunca supo la verdad de la genuina amistad entre ellos. Tampoco se imaginó que aquel hombre que odió era su alma gemela, el fotógrafo que hubiera querido conocer.